

Arte árabe en Mallorca

Por JOSE VIDAL ISERN, Académico
Correspondiente, en Baleares, de la Real
Academia de Córdoba.

La historia ha venido considerando una de las catástrofes más terribles, acaso la mayor que ha sufrido España, el desmoronamiento del reino gótico, a orillas del Barbate, una jornada estival funesta para la Cristiandad, del año setecientos once de nuestra Era. Porque



caer derrumbada en breves jornadas una monarquía arraigada durante siglos, verse de repente invadida y dominada una nación aguerrida, vencido y subyugado un gran pueblo por extrañas gentes, que hablaban un lenguaje infernal para los invadidos, que profesaban la religión infiel, que ondeaban al aire sus albas vestiduras, cacaroleando gallardamente sus bridones; aparecer amenazantes unos hombres funestos, de improviso y sin vacilaciones; apoderarse sin preparación de un antiguo imperio avezado a guerrear; pelear un día para dominar ocho siglos, con cuanto significa dicho dominio, es ciertamente un

suceso prodigioso, que hace pensar en los misterios insondables del destino de los hombres y en los vaivenes ineluctables de los pueblos.

Doce siglos después perdura en España, aunque apenas perceptiblemente, cierto poso ancestral árabe. Sevilla no sólo es la gracia, sino también el arte, con sus monumentos levantados por los alarifes nazaritas y mudéjares y los artistas del Renacimiento, y el alminar de la Giralda, canto pétreo a la armonía, es la más preciada joya que legaron los árabes. La maravilla de la Alhambra es el gran monumento nazarí del arte granadino, que fué el paraíso terrenal de Mahoma, con la gloria de los jardines del Generalife, con todo el embrujo oriental de las sinfonías acuáticas arrullando el vergel de Alá. Córdoba, el alcázar de los Hijos de Omeya, tuvo con su Mezquita el primer templo del Islam, después del que guarda el sepulcro del Profeta. Ya hacía observar D. Manuel Gómez-Moreno, en el «Arte islámico en España y en el Mogreb», que bastó un edificio tan pe-

regrino como la gran Mezquita de Córdoba, mandada construir en 786 por Abderrahmán, último vástago de los Omeyas de Damasco, fundador de la dinastía hispano-omeya, para que la personalidad española se destacase dentro del mundo islámico, en arquitectura, cuando Córdoba era un Califato rebosante de opulencia. En las mezquitas árabes de Toledo, la imperial ciudad-museo, romana y judía, mora y cristiana, en toda su entraña amalgamada de semita y árabe, pesa un fondo indeleble de judíos y moros, con páginas del Talmud y del Corán y el susurro de ritos de Jehová y de Mahoma. Advierte Pijoán en su «Historia del Arte», la gran diferencia entre lo que ejecutaron los árabes, que antes de la predicación del Corán apenas tenían tradición artística, inmediatamente después de su expansión por España y lo que hicieron posteriormente, y compara, por ejemplo, el arco de ventana de la catedral de Tarragona, con sus ornamentos casi bizantinos (mejor románicos, puntualizo yo), con la decoración de la mezquita de la Alfarjería, de Zaragoza, repleta de característicos adornos árabes. Porque asimilaron grandemente en su invasión y dominación las enseñanzas de los monumentos visigóticos, ciertos monumentos árabes de la Península, como algunos baños, pueden considerarse más como visigodos que árabes. No así los de Palma que datan del siglo XI, que es la centuria clásica para el arte árabe en Mallorca, ya bien avanzado su estilo. Saladín, en su «Manual de arquitectura musulmana», hacía notar la procedencia del capitel árabe español de los que aparecen en los relieves visigodos de las cisternas de Mérida. Palma tiene, con el arco de la Almudaina y los baños árabes, una ligera muestra de la forma de los arcos que con preferencia practicaba en España la arquitectura árabe.

El pueblo árabe, al término de sus correrías, llegó a nacionalizarse en España, alcanzando un excepcional instinto para el arte. Así, con la industria artística de tejidos y alfombras de tan glorioso abolengo en Cataluña y Mallorca, y maestros suyos fueron los copos, bizantinos y persas sasánidas. Así también en el arte de labrar los marfiles, en el que no tenían rival, conservándose aún magníficos ejemplares de arquetas con deliciosos relieves de marfil, entre ellas las de las catedrales de Gerona y Pamplona. Y de entre los bronceos árabes, forzoso es recordar como ilustre ejemplar el grifo del cementerio de Pisa, que, según unos, procede de Egipto, y, según otros, de los moros de Mallorca. Comenta ampliamente Ernst Díez, en el capítulo «Las artes industriales islámicas», de «Arte del Islam», que con

el acerbo morfológico de todos los países conquistados, se integraron las artes islámicas. El espíritu del Islam no sólo fué continuador del arte clásico, sino custodio y propugnador de las ciencias antiguas, entre ellas de la precursora de nuestra química: la alquimia, a la que la cerámica árabe debe, entre otras cosas, el importante descubrimiento de la pintura de oro con reflejos. Y dentro del área cristiana, el mudejarismo desarrolló entre sus industrias florecientes, la alfarería artística, en Teruel, Paterna, Manises, Sevilla y Mallorca.

La verdadera historia de Mallorca—dice Pablo Piferrer en «Re-



Baños árabes de Mallorca

cuerdos y bellezas de España. Tomo II: Mallorca»,—comienza cuando los musulimes, dueños ya de España y poderosos por mar, en 798 atacaron y saquearon las islas. Dependiente del Emirato y después Califato de Córdoba, y gobernada por un Walí, se constituyó la isla centro del corso y piraterías con que los sarracenos trajeron atemorizado todo el litoral del Mediterráneo. Traspuesto el año mil, en turbulentas intrigas el califato cordobés, decayendo el poderío de los Omíades, el Walí de Denia, *Mudjehid el Dyn el Ahmery* se apoderó de Mallorca e Ibiza, constituyéndose Emir de las Baleares. Por los años 1113 a 1114 tiene lugar la cruzada Pisano-catalana, capitaneada por el conde de Barcelona, D. Ramón Berenguer III, *el Grande*, tomándose la ciudad de Mallorca, después de un sitio largo, du-

ro y desalentador. Y en 31 de diciembre de 1229, finía la dominación árabe en Mallorca, uniéndose pocos años después todo el codiciado florón de la isla a la corona de Aragón; espiraba un año y comenzaba otra vida, otra religión, otras costumbres, otro arte.

La fructífera dominación islamita en Mallorca, desde que los árabes echaron de las islas a los descendientes de los godos, ha sido tratada poco menos que de soslayo, no habiendo sido apreciada histórica y artísticamente, y es de suponer que la incuria y desidia irá acumulando más obstáculos a la búsqueda y obtención de datos, antecedentes y vestigios a buen seguro desaparecidos totalmente, impidiendo para siempre esclarecer una época tan interesante como lamentablemente confusa de la historia y del arte de Mallorca.

Los cinco kilómetros de muros, fosos y torres que circúan *Medina Majurka* cuando vino D. Jaime I, *el Conquistador*, eran los que mandó construir *Mobaxir*, cuando su gobierno en 1091, algo restaurados sobre ellos se edificaron en gran parte en el siglo XVI los que han podido ver las últimas generaciones (Alvaro Campaner: «Bosquejo histórico de la dominación islamita en las Islas Baleares»). Las tropas de D. Jaime entraron en la ciudad de Mallorca, después Palma, por la brecha de la puerta de *Bab-Al-Kofol*, comunmente denominada de Santa Margarita. Dicha Puerta, admirable muestra de la arquitectura militar de los árabes del siglo XI, fué declarada Monumento Nacional en 1908, y a fines de febrero de 1912 fué bárbara y alevosamente derruida por los enemigos de su conservación y amantes de un progreso que ya vemos a lo que conduce. Las órdenes dadas para su derribo resultaron fantasmas, ignorándose oficialmente de quién procedían. La destrucción fraudulenta e impune de la última puerta árabe que quedaba en Palma, a los treinta y seis años de acto tan vandálico e incivil, produce aún acrimonia y remueve nuestra fibra más sensible.

Al afianzar su dominio en Mallorca, los árabes trazaron el fuerte recinto de su Almudena, cuya línea de circunvalación, según Piferrer, corría poco más o menos del Alcázar al Mirador, calles de Morey y Almudaina, y comprendía al desaparecido convento de Santo Domingo, hasta tocar otra vez en la Zuda, castillo real que fué residencia de los Jeques de Mallorca desde el año 1185, y el Alcázar de los reyes de la corona de Mallorca fué levantado en el mismo sitio que ocupaba la Zuda de los walíes árabes, sobre los muros de la fortale-

za defensora del puerto, y reedificado por Jaime II, en 1309. Lo único que queda árabe es el *arco de la calle de la Almudaina*.

Es el siglo XI el clásico para el arte árabe en Mallorca. De esta época datan los *Baños Arabes*, situados en un rincón recoleto y poético de la ciudad, careciendo de piscina, pero se deduce el sitio que ocupaba. Tampoco hay en torno al banquillo de piedra que Don Juan Cortada hacía observar que figuraba en otros baños árabes, los del convento de monjas capuchinas de Gerona. Ya lamentábase Cortada, en su «Viaje a la isla de Mallorca en el estío de 1845», que los



Castillo del Rey, en Pollensa (Mallorca), hoy desaparecido totalmente

baños árabes de Palma estuviesen convertidos en cuarto de coladas, profanados por el humo y por la incuria. D. Manuel Gómez Moreno, en la «Arquitectura en España y en el Mogreb» (año 1934), tratando de los *Baños Arabes* de Palma, comentaba que de esta clase de edificios quedan muchos ejemplares en España, gracias a su obligada solidez, y entre ellos se singulariza éste de Palma por la bella organización de su sala central. Piferrer hacía la siguiente descripción: «Es una sala baja y cuadrada, que forma un peristilo; y las bóvedas corridas cargan en cada corredor sobre cuatro columnas de muy corta altura y desiguales en los fustes y en las bases. Coronanlas sin proporción ni ajuste toscos capiteles, y de unas impostas gruesas y muy salientes, bien que algunas no desnudas de gracia, arrancan las curvas reentrantes de los arcos, a manera de herradura. Sobre este cuadro de columnas puso en el centro el artífice una bóveda en for-

ma de cúpula, en la que algunas pequeñas aberturas circulares y alfeizadas dan paso a la luz». Hoy día, arrinconados en un barrio silencioso y a trasmano, los *Baños Arabes* son una pieza de museo olvidada, bastante desmoronada en comparación con la admirable lámina que dibujó Parcerisa y que sirvió para legarnos gráficamente lo que fué una de las poquisimas muestras que nos quedan del arte árabe en Mallorca.

Los árabes fueron maestros en el arte de la fortificación. Nombres usados en las construcciones militares medievales, como almena, barbacana, son musulmanes. El estudio arqueológico de los monumentos que encerraban los castillos del desierto de Siria y Mesopotamia, tierras bajas del Asia poseedoras de tradiciones de larga civilización, de los primeros tiempos del Islam, dá la conclusión de que fueron tales fortalezas lugares de formación del arte que adoptara el pueblo árabe en su expansión invasora por Occidente. Tres castillos roqueros coetáneos quedaban aún a principios de siglo en Mallorca, de la época de la reconquista (comunmente denominada conquista): el del *Rey*, en Pollensa; el de Alaró y el de *Santueri*, los tres emplazados en alturas que son soberbios oteros de varios de los muchos panoramas atrayentes que brinda Mallorca, y célebres en la gloriosa historia de la isla, pues fueron los últimos baluartes de la resistencia mora, y posteriormente, teatro de luchas intestinas, y últimos reductos donde ondeara la bandera de la breve dinastía mallorquina.

Claro que los castillos árabes de Mallorca no pueden citarse como ejemplo arquitectónico de fortificaciones islamitas, como el de Alcalá de los Panaderos o la famosa Alcazaba de Málaga. En Mallorca solo quedan ruinas en sus castillos del tiempo de los moros, y en algunos ni siquiera eso, y se pierde la noción exacta de la valoración arquitectónica de los edificios entre el poder corrosivo del tiempo y la mezcla de elementos posteriores, que son los que preferentemente subsisten, como en el de *Santueri*, de Felanitx, habiendo desaparecido virtualmente el del *Rey*, de Pollensa, conservando el de Alaró reducidos vestigios pedregosos de antiguas fortificaciones.

No castillo, pero sí casa fuerte o fortaleza fué el recinto de la *Almudayna de Gomera*, donada por D. Jaime I a la Orden militar del Temple. Piferrer y Quadrado, en «España, sus monumentos y artes, su naturaleza e historia, Islas Baleares», se lamentaban de que a la importancia militar de que gozaba la ciudadela dada a los Temple-

rios, no correspondieron las obras de éstos ni las de sus herederos los *Sanjuanistas*, pues apenas ya guardaban hace un siglo sino huertos y palmeras sus desmoronadas torres encaladas en el terra-



Artesonado árabe de Aofabia (Mallorca) (Foto Rul-lan)

plén de una moderna muralla, a excepción de dos más altas. De aquella tan interesante construcción árabe no ha quedado ni un solo resto, y se deduce que los caballeros templarios utilizaron en sus construcciones las piedras de los sepulcros, pues induce a creer que la *ráudha* (cementerio) mahometano radicase en sus alrededores el

fortuito hallazgo en su recinto, de varios pulcros fragmentos epigráficos, correspondientes a monumentos sepulcrales de los árabes de Mallorca, recogidos y conservados en el Museo de la Sociedad Arqueológica Luliana de Palma, y que, según el notable estudio de D. Rodrigo Amador de los Ríos, acerca de «Epigrafía arábica. Monumentos sepulcrales de Palma de Mallorca», determinan algo de lo relativo a las costumbres funerarias de los islamitas mallorquines en el siglo XII y parte del primer tercio del XIII.

Aparte lo reseñado, muy poco por cierto en comparación a la larga época de dominación islamita en Mallorca, de entre lo muy escaso árabe o mu'jájar que *por casualidad* queda en la isla, hay que destacar algún otro monumento sepulcral, una lápida hallada en Randa y otra en Manacor, algunos artesonados (derribado hace poco el de una casa de la calle del Sol), sobresaliendo por su magnificencia, interés histórico y artístico, el de «Aufabia» o *Alfavia*, con su curioso alfarje árabe, con talladas y ensambladas maderas que llevan inscripciones arabescas en el arquitrufe de la cornisa. En 1831, el padre Juan Artigues, catedrático de hebreo y árabe, pudo descifrar aquellos preceptos koránicos, que ensalzan la fuerza, la misericordia, la grandeza de Alá.

Han desaparecido los restantes vestigios que se conservaron, reliquias del poderoso *Benhabet*, señor de aquella dilatada y frondosa hacienda; como desapareció también una antigua rodela con inscripción arábica, que existía en el Ayuntamiento de Palma en tiempos de Isabel II, como asimismo nuestras mayólicas, cerámica hispano-morisca, decorada con los singulares arabescos, y también los molinos árabes de Bañalbufar, en funcionamiento aún hace cuarenta años. Las torres del litoral que rodean espaciadamente la isla, no son, contra lo que se cree, construcciones moras, pues fueron alzadas, quizás sobre restos o emplazamientos árabes, a fines del siglo XVI y principios del XVII. Y en numismática, no sé que habrá sido de las monedas que se descubrieron de régulos de Denia, de emires independientes de Baleares y de príncipes que gobernaron las islas por los emires almoravides y los califas almohades, de lo que dejó un notable trabajo el historiador D. Alvaro Campaner. Acállanse en la vorágine las nonatas voces airadas de alerta, de protesta, pues la fuerza de la verdad de Mallorca, intoxicada de literatura de exportación, de exotismo y de turismo adocenado, radicaba en esa alma que se ha separado de su vestimenta pétreo, volando al unísono de los recuerdos y olvidos, de lo que se va para no volver.